

Selecciones

Sobre la enseñanza de la filosofía en la Universidad

Carta al Consejero real del Gobierno prusiano profesor Friedrich von Raumer
(1816)

Georg Wilhelm Friedrich Hegel

Introducción y traducción de Daniel Innerarity

La estancia de Hegel en Nuremberg está marcada fundamentalmente por el trabajo en la *Ciencia de la Lógica*. Esto explica que otras actividades suyas hayan sido objeto de escasa atención. Pero este texto que ahora se presenta en castellano es un buen ejemplo del interés de Hegel por aquellos años en cuestiones relativas a la filosofía y su enseñanza, a lo cual le llevó sin duda su responsabilidad como director de un Instituto (*Gymnasium*), cargo que le había proporcionado su amigo y antiguo compañero de estudios en Tubinga Niethammer. Este informe contiene, sin duda, una gran cantidad de sugerencias para la docencia de la filosofía aun cuando los supuestos del sistema hegeliano hayan sido desautorizados en muchos aspectos. Pero éste es el destino feliz de quien ha pensado profundamente: suscitar la controversia y, entre los argumentos y las críticas, legarnos alguna que otra intuición capaz de iluminar un aspecto de la realidad.

La traducción del discurso se ha hecho a partir de la asequible edición de Eva Moldenhauer y Karl Markus Michel, Suhrkamp, Frankfurt, 1986, tomo 4 (*Nürnberg und Heidelberger Schriften: 1808-1827*), pp. 418-424, editado de acuerdo con el manuscrito que publicó Hoffmeister.

Este texto es un anticipo de la edición de una serie de escritos similares de Hegel que aparecerá en breve con el título G. W. F. Hegel, *Escritos sobre la filosofía y su enseñanza*.

Sobre la enseñanza de la filosofía en la universidad

Carta al consejero real del gobierno prusiano profesor Friedrich von Raumer (1816)

Su Ilustrísima me permitirá que siguiendo nuestra conversación oral, complete mis ideas en torno a la enseñanza de la *filosofía en la universidad*. Debo rogarle que se contente cortésmente con esta forma y no exigir más detalles y relaciones que los que pueden ofrecerse en una rápida carta, de la que espero que contribuya a acercarnos todavía más.

Empiezo súbitamente –como podría comenzarse este discurso, dado que si no podría parecer un asunto muy simple– con una observación: acerca de la enseñanza de la filosofía debe valer únicamente aquello que vale para otras ciencias. A este propósito, no quiero detenerme en el hecho de que también se puede exigir de la enseñanza de la filosofía que una la claridad con la profundidad y una prolijidad adecuada; que también comparte con la enseñanza de otras ciencias en la universidad el destino de deber desarrollarse en conformidad con el tiempo establecido –medio año, habitualmente–; que de acuerdo con ello es necesario ampliar o reducir la exposición de la ciencia, etc. La peculiar confusión que puede percibirse actualmente en lo que se refiere a la enseñanza de la filosofía ha de buscarse en el curso que esta ciencia ha tomado y que está en el origen de la situación actual: la enseñanza científica tradicional de ésta y de las ciencias especiales en las que se dividía la materia filosófica se ha hecho más o menos anticuada en la forma y en el contenido. Mas, por otro lado, la nueva idea de filosofía está todavía sin configurarse científicamente y la materia de las ciencias especiales no ha alcanzado totalmente –quizás en absoluto– su transformación y adecuación a la nueva idea. Por eso vemos, por un lado, científicidad y ciencias *sin interés* y, por otra, *interés sin científicidad*.

Por eso, lo que por regla general se enseña en las universidades y en los libros son tan sólo alguna de las viejas ciencias, como lógica, psicología empírica, derecho natural e incluso moral. También para aquellos que todavía se aferran a lo viejo, la *metafísica* se ha ido a pique, como el derecho público alemán en las facultades de derecho. Si aquellas ciencias que constituían antaño la metafísica no se echan mucho en falta, no debería ser así al menos en lo que se refiere a la *teología natural*, cuyo objeto era el conocimiento racional de Dios. En el caso de aquellas ciencias que todavía subsisten, especialmente la lógica, parece que únicamente las sostiene la tradición y la consideración de sus utilidades formales para la cultura del entendimiento. Pues su contenido y su forma contrasta notablemente con la idea de filosofía y la forma de filosofar a la que se ha dirigido el interés, de tal modo que pudiera proporcionarnos todavía suficiente satisfacción. La juventud comienza el estudio de las ciencias afectada por el vago prestigio de otras ideas y métodos,

de tal modo que carece del necesario convencimiento acerca de la autoridad e importancia de aquellas y no encuentra con facilidad aquello hacia lo que había dirigido sus expectativas. Yo diría que también la enseñanza de dichas ciencias, debido a este violento contraste, ya no tiene lugar con la misma carencia de prejuicios y plena confianza que antaño. La correspondiente inseguridad o irritación no contribuye a crear apertura y crédito.

Por otro lado, la nueva idea no ha satisfecho aún la exigencia de configurar el vasto ámbito de objetos que pertenecen a la filosofía en un todo ordenado, formado por la unión de sus partes. La exigencia de conocimientos determinado y la verdad, una vez reconocida, de que el todo sólo puede ser conocido verdaderamente cuando se han estudiado a fondo las partes, no ha sido solamente eludida, sino que se la ha rechazado con la afirmación de que la *determinación y pluralidad del conocer es superfluo* para la idea, e incluso contrario e inferior a ella. De acuerdo con esta concepción, la filosofía tiene el carácter de un compendio, como lo era la medicina o al menos la terapia en los tiempos del sistema de Brown¹, para quien podía ser aprendida en media hora. Quizá haya usted conocido personalmente en Munich a un filósofo que pertenece a esta tendencia *intensiva*: Franz Baader² escribe de vez en cuando un par de hojas en las que estaría contenido toda la esencia de toda la filosofía o de alguna de sus disciplinas particulares. Quien publica sólo de esta manera cuenta con la ventaja de que el público cree que también es un maestro en la explicitación de tales pensamientos generales. En Jena asistí a la entrada de Friedrich Schlegel con sus lecciones sobre la filosofía trascendental³. En seis semanas había terminado el curso, sin haber satisfecho por cierto a sus oyentes, que esperaban y habían pagado por un medio año.

Hemos visto dar una mayor amplitud a las ideas generales con ayuda de la *fantasía*, que mezclaba lo alto y lo bajo, lo cercano y lo lejano de un modo brillante y oscuro, muchas veces con profundidad y más frecuentemente con una superficialidad absoluta, y que utilizaba aquellas regiones de la naturaleza y del espíritu de suyo oscuras y arbitrarias. Un camino opuesto y de mayor amplitud es el *crítico y escéptico*, que tiene su materia y transita por el material existente, pero que no produce otra cosa que la insatisfacción y el aburrimiento de los resultados negativos. Puede que ese camino sirva para ejercitar

¹ Hegel se refiere al médico escocés John Brown (1735-1788), cuya obra *Elementa medicinae* de 1780 ejercía una gran influencia en la medicina de la época. Es posible que haya aquí una referencia indirecta a Schelling, cuya concepción de la medicina se expone en la lección XIII de su *Vorlesungen über die Methode des akademischen Studiums*.

² Franz von Baader (1765-1841) ejerció una gran influencia en el movimiento romántico. Por cierto que su obra más célebre –*Fermenta cognitionis* (1822-5), posterior, por tanto, a este escrito de Hegel– no es nada breve: consta de cinco volúmenes. Su filosofía corresponde al tipo de romanticismo al que Hegel se refiere aquí con irónica hostilidad.

³ Superado en agosto el *examen rigurosum*, Friedrich Schlegel (1772-1827) dio el curso al que Hegel se refiere en el semestre de invierno 1800-1801.

la sagacidad y que el medio de la fantasía pretenda tener el efecto de despertar un efímero fermento del espíritu –lo que también se llama *edificación*– y de encender en unos pocos la idea universal, pero no ofrece los procedimientos que cabía de esperar y que es el estudio de la ciencia.

La juventud recibió con agrado a la nueva filosofía, ya que podía eliminar súbitamente el estudio de la filosofía –e incluso de la ciencia en general– recurriendo a unas fórmulas generales que habrían de contenerlo todo. Las consecuencias que se siguieron de esta concepción –*carencia de conocimientos, ignorancia tanto de conceptos filosóficos como de las ciencias profesionales especiales*– se encontraron con la seria contradicción y recibieron la repulsa práctica de las exigencias del estado y del resto de la cultura científica, de tal modo que aquella presunción quedó desacreditada. Como la íntima necesidad de la filosofía comporta la exigencia de que sea elaborada científicamente y en sus partes, me parece que éste es también el punto de vista conforme a nuestro tiempo: no se puede retornar a las ciencias filosóficas del pasado; pero la masa de conceptos y el contenido que ellas comprenden no se pueden ignorar; la nueva forma de la idea exige su derecho y el viejo material necesita una transformación adecuada al actual estado de la filosofía. Esta concepción acerca de lo que es conforme a nuestra época puedo ciertamente presentarla solamente como un juicio subjetivo, del mismo modo que he adoptado una dirección subjetiva en mi propio tratamiento de la filosofía, en la medida en que me he propuesto inicialmente un determinado objetivo; he acabado precisamente la edición de mis trabajos sobre lógica y ahora espero a ver cómo el público acoge mi tratamiento.

Creo todavía poder asumir como justa la opinión de que la enseñanza de la filosofía en la universidad sólo puede proporcionar aquello que debe –*una adquisición de conocimientos determinados*– cuando adopta el método determinado de *un procedimiento ordenado* y que abarque hasta el detalle. Esta ciencia, como cualquier otra, solamente puede aprenderse de esta forma. Si el profesor quiere evitar también esta palabra, ha de ser consciente de que se trata, en primer lugar y esencialmente, de esto. Se ha convertido en un prejuicio, no sólo del estudio filosófico sino también de la pedagogía –y en ésta quizás más profundo– que el *pensar autónomo (Selbstdenken)* debe ser desarrollado y ejercitado en el sentido de que, en primer lugar, *no depende del material* y, en segundo lugar, como si el aprendizaje *fuera opuesto al pensar autónomo*. Pero, en realidad, el pensar sólo puede ejercitarse sobre un material que no sea un parto o composición de la fantasía, llámese intuición sensible o intelectual, sino sobre un pensamiento, y un pensamiento sólo puede ser aprendido en la medida en que *se piensa autónomamente*. Según un error muy extendido, parece que un pensamiento sólo lleva el sello de lo pensado autónomamente cuando se parta del pensamiento de los demás hombres, a lo que podría aplicarse el dicho de que lo nuevo no es verdadero y lo verdadero no es nuevo. De aquí surge la aspiración de que cada uno quiere tener su propio sistema, y de que una ocurrencia es más original y excelente cuanto más insulsa y descabellada es, porque de este modo de-

muestra al máximo su originalidad y se diferencia de los pensamientos de otros.

La filosofía obtiene su capacidad de ser aprendida en su determinación solamente en la medida en que es *clara, comunicable y capaz* de convertirse en un *bien común*. Dado que la filosofía, por una parte, quiere ser objeto de un estudio particular y no es un bien común desde el principio por el hecho de que todo hombre tenga una razón, su comunicabilidad universal le confiere la apariencia —que ha tenido, entre otros, en los últimos tiempos— de ser una *idiosincrasia* de algunas cabezas transcendentales y se convierte, de acuerdo con su propia situación, respecto de la *filología* —que es la *primera ciencia propedeútica* para una profesión— en la *segunda* ciencia de este género. Siempre es posible que algunos se queden en este *segundo grado*, pero no debido a que muchos de ellos se hicieron filósofos porque no habían encontrado *nada cierto* fuera de la filosofía. De todas maneras, según ya he mostrado, aquel peligro no parece ser tan grande como el de quedar apresado en la *filología*, en el primer grado. Una filosofía conformada científicamente hace justicia ya en su propio ámbito al pensamiento determinado y al conocimiento profundo, y su *contenido* —lo general de los asuntos espirituales y naturales— *nos conduce de suyo* inmediatamente *sobre las ciencias positivas*, cuyo contenido lo muestran en forma concreta mediante posteriores desarrollos y aplicaciones, hasta tal punto que, inversamente, el estudio de estas ciencias se manifiesta necesariamente como un conocimiento fundamental de la filosofía. El estudio de la filología, por el contrario, una vez que se ha quedado fijado en el detalle —lo que debería ser esencialmente sólo un medio— tiene algo de separado y extraño, en lo que tan sólo hay vínculo tenue y pocos puntos de tránsito hacia una ciencia y una profesión que conciernan a la realidad.

Como ciencia prodedeútica, la filosofía tiene que proporcionar de manera especial la cultura formal y el ejercicio del pensamiento; esto sólo lo puede hacer alejándose completamente de lo fantástico, por la determinación de los conceptos y un procedimiento consecuente y metódico; debe estar en condiciones de procurar dicho ejercicio en una medida mucho mayor que la matemática, pues no tiene un contenido sensible como ésta.

Me he referido anteriormente a la *edificación* que con frecuencia se espera de la filosofía; a mi juicio, la filosofía no debe ser nunca *edificante*, ni siquiera cuando se enseña a la juventud. Pero tiene que satisfacer una necesidad afín, a la que quisiera referirme todavía brevemente. Cuanto más han suscitado los tiempos modernos la tendencia hacia una materia purificada, las ideas superiores y la religión, tanto menos y menos que nunca vale para ello la forma del sentimiento, la fantasía y los conceptos confusos. La ocupación de la filosofía ha de ser justificar lo que tiene valor para la inteligencia, aprehenderlo y comprenderlo en pensamientos determinados y protegerlo así de las desviaciones turbias.

En relación a esto, así como al contenido de la filosofía, tan sólo quiero referirme ahora al extraño fenómeno de que un filósofo enseñe diversas cien-

cias –incluso muy diferentes– más o menos igual que cualquier otro. La materia –el mundo espiritual y natural– es siempre la misma, y así también debe dividirse la filosofía en las mismas ciencias particulares. Aquella diversidad debe atribuirse principalmente a la confusión que no permite alcanzar conceptos determinados y distinciones netas. A esta perplejidad puede haber contribuido el hecho de que se haya tenido que enseñar junto a la más reciente filosofía trascendental la vieja lógica, y junto a una metafísica escéptica la vieja lógica. Ya he señalado de todas maneras que la vieja materia necesita de una reforma completa y que no puede ser dejada meramente de lado. Por lo demás, ya está suficientemente determinado en qué ciencias debe dividirse la filosofía; lo universal completamente abstracto corresponde a la *lógica*, con todo aquello que anteriormente comprendía en sí la metafísica; lo concreto se divide en *filosofía de la naturaleza*, que representa solamente una parte del todo, y en la *filosofía del espíritu*, a la que también pertenecen, además de la psicología, la antropología, la *doctrina* del derecho y de los deberes, la estética y la filosofía de la religión; a todo esto se añade también la historia de la filosofía. Cualquiera que sea la diversidad de los principios, la naturaleza del objeto lleva consigo una división en las ciencias mencionadas y en su necesario tratamiento.

Acerca de otras organizaciones para el apoyo de la enseñanza, como por ejemplo los seminarios, me abstengo de añadir algo ya que veo con terror cuánto me he extendido y cuánto he puesto a prueba su indulgencia. Solamente añadido el sincero deseo de que prosiga felizmente su viaje y le aseguro mi alta estima y devoción.

Nuremberg, 2 de Agosto de 1816